

Epílogo

Solo hasta después de más de un mes, del llamado a la cuarentena obligatoria en Bogotá, por la pandemia de coronavirus, pude sentarme a escribir el cierre de este libro, sobre Gilles Deleuze que, con tanto amor y cuidado, con Édgar Giovanni Rodríguez Cuberos, decano de la Facultad de Ciencias de la Educación, Humanidades y Artes de la Fundación Universitaria Juan de Castellanos, hemos venido preparando desde hace más de un año. Cada vez que intentaba escribir, me rondaban preguntas como ¿para qué?, ¿el libro tiene sentido?, ¿escribir tiene sentido?

Como nos pasa a todos, no me imaginé vivir lo que estoy viviendo: estar encerrada a la espera impotente de un encuentro con la muerte, o de una quiebra del sistema, o de una revuelta monumental, o de cualquier cosa desastrosa. Me pregunto constantemente, supongo que a todos nos pasa lo mismo: cuánta gente más va a morir; cuándo alcanzaremos ese momento dantesco de la “subida de la curva” con los muertos en las calles y los hospitales excedidos, que han sufrido muchas ciudades en otros países; si volveré a ver a mi familia y a mis amigos; si todo esto es una excusa para cubrir una quiebra global del capitalismo.

Los intelectuales alrededor del mundo están haciendo análisis y predicciones de todo tipo, sobre la pandemia y la crisis económica y política que la acompaña: unos dicen que se acabó el capitalismo salvaje y entramos en una era de fortalecimiento estatal, mientras que otros sostienen que ingresamos en un nuevo orden mundial, similar al que narra George Orwell en la novela *1984*, pero más posmoderno; unos que, el mundo se arruinó y que vamos a sufrir consecuencias peores que las que ocasionó la Gran Depresión, que conducen a reinventar el modelo económico, y otros que el neoliberalismo va a salir triunfante y los ricos van a ser más ricos; unos que, van a surgir los nacionalismos después del fracaso

de organizaciones como la Unión Europea, y otros que se van a construir nuevas solidaridades entre bloques de países; unos que, cada país se va a volver autónomo en la producción de lo que necesita, y otros que China y Rusia van a instaurarse como el nuevo imperio.

Y, sobre la pandemia y la crisis social que la acompaña: unos dicen que, los hábitos de relación con el otro, nuestros afectos, cambiaron y estamos armando nuevos, los del distanciamiento social; mientras que, otros aseguran que, dentro de poco, estaremos como antes, incluso más juntos y nuestros sistemas sensorio-motrices olvidarán con rapidez esta experiencia traumática; unos que, la máquina capitalista va a controlarnos ya no solo analizando nuestras preferencias de consumo, sino a través de dispositivos de control y vigilancia que miden los sentimientos más íntimos por medio de los signos vitales automáticos, y otros que, esta experiencia es una oportunidad para cambiar, porque ha desnudado el horror del control biopolítico del neoliberalismo.

Las noticias advierten que algunas de esas predicciones y análisis ya están teniendo lugar, no en blanco y negro; que aquí pasa esto y allá pasa aquello, que en todas partes pasa un poco de esto y un poco de aquello: cuentan por ejemplo que, en Gran Bretaña y en China, ¿en Chile?, quieren establecer “pasaportes” de inmunidad para dejar que la gente transite, mientras que, en Nueva Zelanda y en Suecia, ¿en Uruguay?, las mayorías participan en el proceso de toma de decisiones sobre la pandemia. O que, en Río de Janeiro y en Houston hay grupos armados que defienden a bala las ideas disparatadas y autoritarias de los presidentes Bolsonaro y Trump, mientras que, en Bogotá y en Nueva York, los alcaldes piden autoritariamente continuar las cuarentenas hasta que sea necesario, independientemente de la crisis económica, y prometen garantizar comida, vivienda y servicios públicos, para todos los habitantes. O que, en Madrid y en Milán, ¿en Guayaquil?, se dio la orden de dejar morir a los mayores de 70 años cuando tenían que competir por un respirador, mientras que, en Buenos Aires han puesto extrema atención en el cuidado de las personas mayores.

Por donde vivo, que es un barrio acomodado de Bogotá, parece que hacemos parte de una filmación de una película gringa apocalíptica, de esas bien malas: los vecinos cumplimos el papel de estar encerrados y protegidos, como zombis, mientras los llamados ahora, “trabajadores esenciales”, que no son sino los obreros más pobres, cumplen el papel de estar en la calle exponiendo su vida, en frente de nuestras narices, para permitir que nosotros sigamos encerrados. Continuamente, pasan vigilantes, grupos de policías motorizados, que invitan con megáfonos a la “disciplina social” y a vigilarnos unos a otros.

Leer a los intelectuales y oír las noticias, e imaginarme como una zombi vigilada y vigilante, que mira con naturalidad por la ventana, cómo son otros los que se arriesgan, los que mandan, los que deciden, los que hablan, me hizo notar que, esta catástrofe nos ha conducido a un estado extremo de obediencia y sumisión; que, este momento nos ha hecho más esclavos todavía, al justificar la dependencia de nuestra vida cotidiana a otros; que, estamos aceptando con toda naturalidad, que mueran los considerados como más débiles: los más viejos, los más enfermos, los trabajadores “esenciales”, los más pobres, los migrantes, los afrodescendientes; que, como nunca, hemos autorizado a que un puñado de personas ayudado por la policía y el ejército, y por los vecinos, decida quién vive y quién muere, quién se arruina y quién se enriquece, quién sale y quién entra, etcétera. Y me pregunto si no hay alternativas distintas a entregar el poder de cada uno, de todos, ciegamente y confiadamente, a la “buena voluntad” de unos pocos que, se sabe además que, en la mayoría de los casos, son corruptos o mediocres o sociópatas.

Y entonces, le encontré sentido a escribir el epílogo. Creo que es urgente, inventar maneras de tomar el control de nuestras vidas, y dejar de ceder nuestro poder de actuar, a unas pocas manos; que es menester potenciar nuestra capacidad de autogobierno, a través de modos novedosos de subvertir, de rebelarnos, de crear lo común, de enlazarnos, de solidarizarnos. La catástrofe que actúa

como el niño del cuento que grita ¡el emperador está desnudo!, muestra la fragilidad del capitalismo, y del mundo que ha creado, que se derrumba cuando se cae una sola ficha; que, en su extrema obsesión de ganar y ganar, inmediatamente, es incapaz de prever las amenazas más obvias y previsibles, de protegerse de una simple peste, la epidemia más vieja del mundo. Igualmente, muestra que ese mundo está levantado sobre la extrema crueldad: que, los que lo manejan ahora, casi de modo dictatorial, que solo saben actuar en la Bolsa de Valores, se adjudican el derecho a sacrificar a los apreciados consensuadamente por las mayorías, como los inferiores, y, si lo creen necesarios, a sacrificar a las mismas mayorías.

Este texto, dedicado al Deleuze pedagogo, es una invitación a inventar novedades que rompan con la esclavitud en la que vivimos normalmente sin darnos cuenta, pero que, una catástrofe como la actual, hace visible. Sus distintos capítulos muestran que el autor continuó las propuestas vitalistas, entre otras, de Spinoza, de Nietzsche y de Bergson, que quisieron romper con la subordinación y la esclavitud, a través de la fabricación de herramientas que le dan lugar a la libertad y a la excepcionalidad, a lo impensable. Que el autor asimiló el aprendizaje al pensamiento, y compuso una serie de nociones, que repiten, de formas diferentes, las fases de imaginar, de razonar y de intuir, que conforman el método para ser libres, que planteó Spinoza; o el concepto de eterno retorno, para sobrevolar lo humano, que formuló Nietzsche; o la noción de duración, para franquear el ámbito de actuación de la inteligencia, que postuló Bergson.

El problema que mueve al vitalismo va más allá de postular una concepción de la inmanencia, o de la novedad, o de plantear una nueva lógica de la creación, aunque estos conforman sus propósitos explícitos. Más bien, consiste en poner en cuestión el derecho que se ha atribuido la filosofía preponderante, de colonizar el pensamiento. Busca que sea visible lo que es invisible, o que se oiga lo que es insonoro, o que pueda hablar lo que tartamudea; en últimas, quiere poblar el pensamiento según las reglas nómadas de ocupación.

En palabras de David Lapoujade, Deleuze pretende sobrepasar las fronteras que dejan por fuera *las poblaciones nómadas de lo indecible, de lo incognoscible, del sinsentido, de lo invisible*.

No se puede negar la influencia del vitalismo, incluso la reconoce la filosofía que defiende el *status quo* y se aferra a la idea del sentido común. Aunque esta última critica los proyectos de vanguardia y los considera como un asunto de moda, y, aunque sostiene que las contribuciones de los mismos desaparecen tan rápido como aparecen, ha tenido que admitir que las contribuciones de Deleuze no han tenido un impacto pasajero, sino que han cambiando las maneras de hacer filosofía, al igual que el arte y la ciencia, y de hacer política, de protestar y rebelarse, así como los modos en que esos ámbitos y prácticas se relacionan.

Varios de los escritos publicados en el libro se refieren a la obra mayor de Deleuze, *Diferencia y repetición*. Sus autores concuerdan en señalar que ese trabajo inicial contiene el germen de su obra, si bien se atienen a lo que postula el autor, en el sentido de que *no hay una repetición pura, original y primera que pueda ser abstraída o inferida del disfraz. La misma repetición es el disfraz y es lo que se disfraza...* Desde una perspectiva pedagógica, ese trabajo inicial plantea el problema recurrente, de derrumbar la frontera de la crueldad que encierra al pensamiento en un territorio feudal, para liberarlo en un territorio nómada. Y perturba a la filosofía contemporánea.

En esa obra, el autor buscó sintonizar el pensamiento y la vida, mediante un examen sobre la creación que sigue los movimientos vitales, pero no confunde los distintos procesos, sino los especifica. En primer término, indagó por la génesis de la creación, al mismo tiempo que, accedió al ámbito particular de la filosofía que es el pensamiento, al lugar o, mejor, al no lugar, de su génesis en tanto novedad. Igualmente, dejó de lado las concepciones tradicionales, especialmente, criticó la tendencia racionalista privilegiada en la Europa continental que antepone el pensamiento a la vida,

mediante el establecimiento de una relación dual y jerárquica entre ambos. Y evidenció que, los presupuestos de la dialéctica racional, primero, le atribuyen un papel sobresaliente a la mente sobre el mundo; segundo, predeterminan el dominio de cada una de las capacidades, o facultades que la conforman; y tercero, establecen esas atribuciones como dogmas. Asimismo, resaltó el giro realizado por Kant que, al introducir la finitud, trató a los dogmas como ilusiones; no obstante, señaló que, ese cambio mantuvo el supuesto, de que el pensamiento funciona como un feudo, por compartimentos gobernados por un propietario que se especializa en una función y subordina a las demás; y de que, las capacidades actúan en parcelas o dominios que están cercados o amurallados. Para Kant, lo sabemos, la facultad del entendimiento, es decir, el análisis, manda en el conocimiento; mientras que la facultad de la imaginación, es decir, la intuición, manda en el sentimiento, o la facultad de la razón, es decir, los ideales, mandan en la moral.

De la misma manera, en dicha obra, Deleuze postuló que la historia de la filosofía no comienza en un punto y transita un camino que va superando los errores anteriores, y se va perfeccionando paulatinamente. Por el contrario, señaló que ha habido modos distintos de hacer filosofía y, que, cada uno se ha mantenido desde que se originó, a pesar de las novedades que se han ido introduciendo. En esa dirección, contrapuso lo que llamó *imagen dogmática* o *moral*, que entendió como la vertiente de la semejanza, a lo que denominó, concepción *no moral* o *sin imagen* que, según él, se gesta en la diferencia, modo al que se suscribió. Al respecto, sostuvo que, lo que los distingue no es un problema teórico, sino ético: que la primera tendencia se basa *en los valores establecidos, en la complacencia, encuentra al Estado, a la Iglesia*; mientras que la segunda, *no trata de calcar figuras, sino de sentir estados libres y salvajes de la diferencia, ... de sentir la intensidad como pura diferencia*. Por último, pervirtió el uso de los conceptos que consideró más originales de la vertiente de la semejanza: con humor e ironía, los convirtió en nociones *salvajes* que hizo funcionar en su propuesta que, insisto, busca seguir el movimiento de la vida.

Caracterizó esas dos vertientes, a su vez, de acuerdo con dos tipos de repeticiones: la repetición *estática*, cuya producción está guiada por el principio de representar un mismo concepto que sirve de fundamento y antecede a las nociones como su presupuesto, independientemente de la variedad de conceptos contruidos: por ejemplo, la noción de sustancia pensante como principio del que se derivan las demás series de conceptos en el racionalismo; y la repetición *dinámica*, cuyas nociones buscan atravesar los fundamentos y acceder a lo *sin fondo*, al plano de las sensaciones-ideas que es la génesis de la experiencia creativa. Para él, la repetición dinámica no es representativa sino es expresiva, y sus objetos son siempre distintos aunque parecen referirse a lo mismo: por ejemplo, la noción de voluntad de poder que parece basarse en Schopenhauer y en Hobbes, pero que, en realidad, transforma el significado habitual de la noción de fundamento, al entenderla como una fuerza o una relación de fuerzas a tono con el concepto Spinozista de potencia; o la repetición que tiene lugar en la interpretación de un personaje en una obra de teatro que, parece ser siempre la misma pero que, en realidad, cada vez que se interpreta es diferente, como postulan algunos de los cuentos de Jorge Luis Borges.

El autor especificó también dos tipos de pedagogías o maneras de conocer, de formular preguntas y de resolverlas, que son características de cada vertiente filosófica: la hipotética que resuelve una pregunta que está contruida de antemano, y la problemática que no busca resolver preguntas sino activar el pensamiento. Estableció que, el proceso de pensar atraviesa tres estadios que *involucran* las facultades de la mente exploradas por Kant, pero pervierte el supuesto Kantiano, del acuerdo armonioso entre dichas facultades, y propone en cambio, una relación *desbocada*: primero, lo sensible deja de lado el reconocimiento, para captar lo que solo puede ser sentido, lo insensible; segundo, el entendimiento deja de lado la reminiscencia, para recordar lo que solo puede ser recordado, lo inmemorial; finalmente, el pensamiento deja de lado lo inteligible, para captar aquello que solo puede ser pensado, lo impensable. Para

él, pensar no consiste en seguir un método que ayude a alcanzar la verdad, según la propuesta de Descartes; tampoco es un efecto de un ejercicio concienzudo y aplicado, de disciplinamiento y adiestramiento de la mente; pensar, por el contrario, resulta de una experiencia de desbordamiento en la que cada facultad se desquicia, *lo sensible, lo entendible, lo pensable...* Hay discordia y no armonía; que la creación es un impulso *que parte de los nervios y se comunica al alma para llegar al pensamiento.*

Ejemplificó lo anterior, a través de la enseñanza a nadar. Al respecto, indicó que un profesor en tierra, puede explicar cómo se nada, puede hacer que el alumno repita mil veces los movimientos correctos, puede dar las instrucciones con lujo de detalles; que, no obstante, el alumno no aprende, sino hasta que su movimiento entra en contacto y se combina con el movimiento de las ondas del agua. Que, para nadar, el aprendiz tiene que dejar de usar los movimientos habituales, y sentir el impulso en su cuerpo; que tiene que abandonar su conocimiento pasado, y captar el problema nuevo, que el impulso le despierta, que consiste en no ahogarse. Que el momento del aprendizaje sucede cuando la sensación abandona la experiencia vivida, y capta el impulso que impregna los nervios; cuando los presupuestos usuales dejan de ser útiles y es menester recurrir a lo inmemorable que se presenta como fragmentos virtuales; y cuando, surge la sensación-idea, que no es otra cosa que el encuentro del impulso con el pensamiento que introduce un pedazo de novedad en la sensación.

Según los críticos, el lenguaje deleuziano ha hecho que los planteamientos del autor sean difíciles de comprender. Agregan que, por ese motivo, más que haberse usado para crear, los seguidores usan los conceptos para formar una secta en la que los integrantes repiten un metalenguaje iniciático. Es cierto que, su lógica es compleja: presenta un ritmo esquizofrénico y formula problemas personales que no siempre explicita; o emplea conocimientos especializados, de otras disciplinas, tales como las matemáticas o la biología, o la física, o la geología, o la antropología, también como la literatura, o el cine, o la pintura; o usa enciclopédicamente

elementos de la historia de la filosofía; o interviene los elementos que introduce; o todas las anteriores. Justamente, en *Diferencia y repetición*, el autor sigue el consejo nietzscheano de formular problemas, y utiliza medios ajenos a la filosofía que le permiten lidiar con los prejuicios, como las técnicas del arte visual y de la literatura, de cortar y pegar; igualmente, invierte el significado del lenguaje kantiano que emplea como medio de expresión del antirracionalismo, y le cambia el sentido y la valoración, como Spinoza lo hizo en la *Ética*, que expresa un punto de vista ateo a través de un lenguaje religioso. Lo anterior exige mucho a sus lectores que no pueden utilizar la lógica tradicional para entender el conjunto de su obra; o explicar lo que es inexplicable; o seguir los textos como si fueran relatos filosóficos, porque no contienen esa temporalidad del inicio, el desarrollo y el fin.

Este libro presenta claves valiosas para ingresar en el complejo mundo de Deleuze; especialmente, aunque no exclusivamente, ayuda a la lectura de *Diferencia y repetición*. Contiene críticas que deconstruyen algunos de los procesos lógicos que usa allí el autor para la producción de conceptos antirracionalistas, y críticas para formular conceptos que buscan seguir el espíritu de invención del autor que está presente en ese trabajo; igualmente, exhibe comprensiones sobre sus postulados acerca de la actividad de aprender, y propuestas pedagógicas que incorporan la noción de novedad en el proceso de enseñanza-aprendizaje; asimismo, muestra análisis sobre los modos deleuzianos de relacionar disparatadamente las distintas disciplinas, como la literatura y la filosofía, y propuestas concretas de relacionar el arte y la filosofía; y finalmente, pone a la vista, exámenes de conceptos como geofilosofía en el ámbito de las ciencias, y el uso de nociones como rizoma en el ámbito de la enseñanza de la filosofía.

No sé qué va a pasar cuando el libro se publique; tampoco sé si va a ser publicado, aunque espero que sí. No obstante, recalco que este es una herramienta modesta para pensar la novedad; es un abre bocas para ingresar en el mundo de Deleuze y para usar sus propuestas pedagógicas, con miras a construir maneras de pensar

que rompan con la servidumbre; es una ayuda para franquear el muro de la impotencia que nos impide pensar. Insisto, la crisis en la que estamos ha impulsado el uso sofisticado y desmedido del control y la vigilancia; ha naturalizado los autoritarismos que deciden sobre la vida y la muerte; y, por si fuera poco, ha puesto en marcha prácticas extremas de crueldad.

Abril 25 de 2020

Mónica Zuleta Pardo